

Bibliografía

(PÁGINA EN BLANCO)

EL PADRE BALTASAR GRACIAN

LA bibliografía española y extranjera sobre el P. Gracián alcanza un buen número de variadas producciones, y, sin embargo, no puede afirmarse que exista un libro moderno y fundamental, definitivo en lo posible, sobre la persona y la obra del jesuita aragonés. El copioso trabajo de Coster, por otra parte hoy superado en algunos puntos, tiene su límite en lo puramente biográfico. Los estudios de Farinelli, de Croce, de Mele, de Maldonado, de Romera Navarro, presentan interesantes aristas de la figura de Gracián. Pero nos falta, como en tantos otros casos no menos insignes, la obra adecuada que nos dé profunda y objetivamente el pensamiento del escritor bilbilitano, su concepto del mundo y de la vida, su Weltanschauung, y, lo que es más, el estudio de su valoración literaria a la luz de los ya no tan modernos procedimientos de la estilística. No cabe duda que Gracián, considerado exclusivamente como escritor, es uno de los casos más típicos de nuestra literatura, y que, por ello, su obra es un magnífico motivo para el estudio de un estilo acusado como pocos. Pongamos como excusa atenuante la dificultad que el libro deseado lleva consigo.

Como punto inicial para esta empresa se necesitarían dos cosas importantes: una edición completa y garantizada de sus obras, y una labor de síntesis que reuniera todo lo escrito hasta ahora fijando el estado actual de los conocimientos gracianistas. Esto es lo que, acaso sin pretenderlo, ha logrado últimamente el Prof. Correa Calderón en un meritorio trabajo¹

Conocida es la intención de la Editorial Aguilar en esta serie de nutridos y lujosos volúmenes. El mismo Sr. Correa nos recuerda que "no pretende ser ésta una edición crítica de las obras de Baltasar Gracián, en el riguroso sentido de la palabra, sino una edición lo más cuidada y fiel dentro de lo posible, que va dirigida, más que a especialistas, a una gran masa de lectores". Pero sin dejar de ser verdad todo esto, el no leve trabajo del citado gracianista es algo más. El cuidadoso estudio de la obra original de Gracián y de las monografías puesto en función de un amante interés y de

(1) Baltasar Gracián. Obras completas. Introducción, recopilación y notas de E. Correa Calderón. Un tomo de CLIV-989 pgs. M. Aguilar, editor. Madrid, 1944.

una inteligente simpatía hacia el autor de *El Criticón*, ha producido ese hito que podrá ser punto de partida para un ulterior libro definitivo que debería hacer el propio Sr. Correa.

La *Introducción*, que es un verdadero libro-síntesis de CLIV páginas de apretada y minúscula letra, comprende dos partes. La primera se refiere a la vida del P. Baltasar, vida de pensamiento torturado más que de acción, y traza, siguiendo cuidadosamente a los biógrafos anteriores, "una biografía tenue, en tonos grises, apagados", una "biografía del silencio", como dijo Angel Valbuena de la de Calderón. Las inquietudes que hacen del P. Gracián una figura atormentada son exclusivamente de tipo intelectual y moral, y no son azares y aventuras de un hombre entregado a la vorágine del mundo. Apenas si pueden considerarse como altibajos en su vida su actuación como capellán castrense en la batalla de Lérida, o sus tan traídos y llevados roces con la Compañía. Gracián es fundamentalmente un hombre de soledad o de círculo reducido y amistoso, "que no hay rato más entretenido ni más aprovechado que el de un "bel parlar"... entre tres o cuatro amigos entendidos, y no más; porque en pasando de ahí es bulla y confesión. De modo que es la dulce conversación banquete del entendimiento, manjar del alma, desahogo del corazón, logro del saber, vida de la amistad y empleo mayor del hombre" (*Crit.* III. 12. p. 828 ed. Correa). Este retiro, amenizado por la dulce y sabia conversación, es el campo en que se fraguan las creaciones del jesuita aragonés, y por eso habla él muchas veces con tanto afecto emocionado de las delicias gustadas en la recogida tertulia: "Hablando los sabios engendran otros, y por la conversación se conduce al ánimo la sabiduría dulcemente" (*Id.* I-1 p. 429).

Este pacífico discurrir de la vida, que, por otra parte, contrasta con su amargo y dificultoso sentido de la misma, es fundamental para valorar la obra del P. Gracián. En último término, el tema eje de ésta podría reducirse a la lucha del hombre contra las borrascas del mundo, al aprendizaje doloroso de una experiencia, de una auténtica sabiduría, que conduce a la perfección, al templo de la fama, a la Isla de la Inmortalidad. ¿Qué profunda raíz vital tenía nuestro fraile del siglo XVII para conocer los embates de la vida? ¿En qué palestra ha aprendido el manejo de las armas contra tantos enemigos? Evidentemente su actitud es pura creación cerebral, puesto que, además, no se limita a un adoctrinamiento religioso-moral por medio de consejos y advertencias de predicador o de escritor ascético.

En cierto modo podríamos pensar que nuestro escritor es un buen ejemplo para explicarnos aquella especie de activismo fantástico o de fantasía activista de que habla Vossler, que "consiste

en una manera de energía volitiva, ora incitada y estimulada, ora desviada y frustrada por sueños y fantasías; y puede considerarse también como fantasía que estimula, arrebatada, devora y suplanta la acción", pero esto no nos aparta del recoleto ámbito convencional en que se desarrolla la vida de este gran teorizador. Es, quizá, el mismo caso, aunque en otro orden, que el del pacífico ciudadano Baroja soñando y escribiendo sobre grandes aventureros de ajetreada vida. Y el paralelo no es tan dispar en otros aspectos. Ambos tienen un concepto del mundo bastante semejante, y, además de una posible influencia directa, cabe pensar en la que Gracián ejerció sobre Schopenhauer y Nietzsche y en el magisterio de éstos sobre Don Pío. Pero no nos incumbe ahora este tema, tal vez demasiado sutil.

La segunda parte de antedicha Introducción la dedica el Sr. Correa a la obra de Gracián y a su doctrina moral y literaria, dejando para el final de su trabajo la exposición de sus fuentes e influencias y la de su fortuna y alcance en España y en Europa. Utiliza para ello toda la extensa aunque parcial bibliografía existente, y hay que considerar sus páginas como un certero análisis necesario desde ahora para posteriores estudios.

Por último se imprimen las obras completas del P. Gracián usando en lo posible las primeras ediciones hoy conocidas y aprovechando la labor de otros editores, principalmente la de Romera Navarro que publicó en Londres (1938-40) la mejor impresión de *El Criticón*. Teniendo en cuenta la finalidad no restringida de su edición, el Sr. Correa ha modernizado discretamente la ortografía, aunque podía haber conservado formas originarias no meramente ortográficas. Son abundantes y útiles las notas explicativas de pie de página que a menudo remiten a otros lugares de la obra de nuestro escritor, facilitando así una mejor comprensión de la misma.

La obra gracianista tiene una dirección bien definida que responde a una evidente y casi única preocupación de su autor. Esta honda inquietud puede tomarse como común denominador de los escritores del siglo XVII, y Gracián es su más avanzado teorizador, pero los resultados a que llega no pueden ser considerados como la conciencia del hombre barroco, pues a la nada halagüeña realidad de la época se suma el nerviosismo, cuando no la bilis y la cólera del bilbilitano.

La realidad de muchos momentos históricos se ha enrarecido con la creación artificial de un orden de ideas que se difunden y logran imponerse animando el fuego, y hasta torciendo el rumbo, alguna vez, de la común manera de ser. Es evidente que en los años de Gracián los tiempos han cambiado y el hombre conscien-

to debió de verse inundado de una triste melancolía, pero de esto a los tonos patéticos y acibarados que nos presenta la literatura hay una gran distancia. La razón está en que en esta literatura predomina el sentido moral, el ambiente de predicación, y siempre ésta ha procurado insistir sobre los aspectos más edificantes para lograr una persuasión más eficaz. Claro es que con este razonamiento nos queda en pie la cuestión de este predominio del tema moral, con lo que se origina un círculo vicioso como el de la pugna del huevo y la gallina.

Desde luego, hay que apreciar, tanto en los temas como en los procedimientos, todo un proceso de entenebrecimiento que oscurece los tonos vivos y alegres de la literatura quinientista, visible en Gracián, en Quevedo, en Alemán, en Calderón. Sólo la lírica de la escuela de Góngora conserva la afición al color, y aún ésta ennegrece sus tintes en tanto que se contamina con la actitud reflexiva y grave de su época.

Parejo de este proceso, y con toda seguridad emparentado con él, tiene lugar un desequilibrio entre la idea y la anécdota, el fin y el medio, originado por la abstracción más última que Montesiños llamó desnovelización en un agudo ensayo sobre Gracián o la picaresca pura. El episodio deja de tener finalidad en sí mismo, y cuando no se prescinde de él para presentar al desnudo la entraña actúa meramente como andamiaje necesario. La materia narrativa no es ya la materia novelesca válida por la aventura, y ésta es únicamente una condensación simbólica como ejemplo surtido al azar en una disertación moral. Recordemos el valor, el significado y la finalidad de los episodios de *El Criticón*, los nombres de sus personajes, de sus lugares y de sus peripecias: Andrenio, Critilo, Falsirena, Hipochrinda, Artemia, Virtelia, Vejecia, Golfo cortésano, Gran teatro del universo, Feria de todo el mundo; todo nos muestra un primer paso de desmaterialización seguido de un revestimiento en motivos simbólicos. Gracián nos presenta el mismo caso que Calderón y ambos no son esporádicos de su tiempo. Como dice Correa Calderón, "el siglo del barroco es ya todo él puro símbolo. Son las *Soledades*, de Góngora; los *Sueños*, de Quevedo; los autos sacramentales "*El Gran Teatro del Mundo*, *La vida es sueño*, de Calderón; las *Empresas políticas*, de Saavedra Fajardo; *El Criticón*, de Gracián, sin contar infinitas obras menores en que el poeta se vale del subterfugio de la alegoría." (Pág. LXXXI).

Como no podía ocurrir de otra forma, estas innovaciones motivaron radicales transformaciones en las respectivas técnicas literarias. El teatro amplió extraordinariamente sus posibilidades con la entrada en escena de elementos antes no dramatizables, y, además, se vió obligado a inventar el gran aparato escénico, lo mara-

viloso, que se convirtió en acción palpable, más o menos realista, pero dramática. La novela, en cambio, despersonalizando a sus personajes y simbolizando sus aventuras perdió el asidero más importante con lo tangible y se volatilizó, convirtiéndose la acción en disertación. Segismundo y Basilio, que en un primer estadio podían haber sido el príncipe Juan y el rey Pedro, y el Hombre y el Rey, de *La Vida es sueño*, comedia y auto, respectivamente, sufren el mismo proceso que los personajes de Gracián; pero el teatro nos conserva su forma, su voz y sus movimientos, en tanto que los símbolos de este género de novela depurada son percibidos únicamente como ideas y no como hechos.

La novela de Mateo Alemán, incluso en el doble título de su segunda parte, es un buen ejemplo para mostrarnos a las claras el primer eslabón de esta cadena en la que va perdiendo terreno la aventura. En ella aparecen contrapesados los dos elementos que pugnan por el predominio: el episodio novelesco de la vida del pícaro, y la consecuencia moral emitida en forma de grave sermón aleccionador, cara y envés de la novela picaresca. Pero Gracián rompe el equilibrio y nos da el desnudo la medula de la picaresca, la picaresca pura. El Sr. Correa se plantea (pág. LXXXVII) la cuestión de si debe considerarse a Gracián como novelista, pero no llega a proponer este nuevo y más amplio concepto del género.

Ofrece este punto un interesante campo de experimentación para estudiar las derivaciones de la novela y sus relaciones con otros géneros literarios de su tiempo, pero no es este lugar oportuno. Únicamente debe repetirse que Gracián es el extremo más avanzado en este proceso de depuración novelesca. Quevedo, figura tan complicada e innumerable, y, desde luego, muy superior a todos sus contemporáneos, puede reducirse en medio de la complejidad de su obra a este mismo sentido trascendental y moralizante de la literatura que presenta la vida en constante lucha, y acude al mismo procedimiento de abstracción y simbolización, pero le añade un elemento inalienable que constituye lo más quevediano: el esguince de su humor.

Pero Gracián no estaba en las mismas condiciones de Quevedo para tratar el tema de su tiempo; le faltaba el contacto directo con las cosas, ante las que no basta ser un espectador. Ya sabemos el fundamento intelectual de su actitud.

La obra del escritor aragonés es más pensada que vivida, pensada y meditada largamente. Cuando empieza a manifestarse, su autor está ya en la madurez de su edad y ha tenido tiempo de elaborar un plan ordenado a que obedece toda su producción literaria no turbada por el azar. Quizá pueda observarse desde *El héroe* al *Criticón* todo un proceso de abatimiento de ilusiones, como sugiere

el Sr. Correa Calderón, pero esto no entorpece la unidad orgánica de su obra, en la que está bien patente desde el principio hasta el final el mismo concepto máquico de la vida por conseguir para el hombre ideal la experiencia, la discreción, el heroísmo, la habilidad política, la sabiduría, en suma, para andar las sendas abstrusas del mundo. "Créeme y remítete siempre a la experiencia con enseñanza tuya y riesgo ajeno" (Crit. I-7 p. 474. Ed. Correa).

No es ya solamente la lucha por la vida material contra el hombre y contra la zancadilla, es el aprendizaje del difícil arte de la perfección en un mundo de dificultades, la oposición entre el ideal y la desastrada realidad vencida a costa de dejarse las carnes en las zarzas del camino. En este universo de contrarios se nos muestra en primer término la lucha, la oposición entre el estado natural creado por Dios y la corrupción lograda por los hombres; "Todo cuanto obró el Supremo Artífice está tan acabado que no se puede mejorar, mas todo cuanto han añadido los hombres es imperfecto. "Criólo Dios muy concertado y el hombre lo ha confundido" (Crit. I-5 p. 454), palabras que han hecho pensar largamente en Rousseau. Pero el hombre perfecto de Gracián, su héroe, ha de luchar contra esta confusión valiéndose de una aguja de marear, de un arte de vivir.

El primer ciclo de su obra, tan perfectamente eslabonada, se cierra con el Oráculo manual y arte de prudencia, y en él traza Gracián su paradigma humano. Sabido es el interés de los humanistas por crear modelos ideales para ser objeto de imitación en el proceso de perfeccionamiento del hombre. (En relación con este tema véase G. Gentile, *Il concetto dell'uomo nel Rinascimento*). Esto es *El cortesano*, de Castiglione, como libro típico del género en el siglo XVI, y esto son también los tratados gracianistas en el XVII, pero con toda la diferencia que va de una época a otra.

En el quinientos no hubiera podido escribirse un libro condensando la esencia del héroe sin que este dejara de ser el esforzado guerrero de valeroso brazo. El concepto que Gracián tiene de lo heroico se aplica también a la lucha, pero no solamente a la que se libra en los campos de batalla, sino, en general, a la que el hombre héroe ha de sostener contra el mundo. Tan lleno está éste de engaño, de corrupción, de picardía, que hace falta ser héroe para vencer. Para ello necesita poseer un arte de virtudes, primores y realces que son otros tantos brazos para la lid. Y el héroe es el político, el discreto, el atento, el príncipe, el cortesano y todos los modelos escritos o solamente pensados por Gracián que intenta dar en sus tratados su concepto del hombre integral, sus consejos resumidos en un arte de prudencia necesario "al correcto héroe", al

discreto culto, al varón raro" (Dedicatoria de la 1.^a ed. de *El héroe* p. 3).

Todo este atormentado devaneo hace de Gracián un nuevo Diógenes que busca inútilmente un prototipo y tiene que refugiarse con dolor en la afirmación manriqueña: cualquiera tiempo pasado...", que no es este siglo de hombre, digo de aquellos famosos de otros tiempos, "¿Qué? ¿Pensábais hallar ahora un Don Alfonso el Magnánimo en Italia, un Gran Capitán en España, un Enrique IV en Francia, haciendo corona de su espada y de sus guarniciones lises? Ya no hay tales héroes en el mundo ni aun memoria de ellos". (Crit. I-6 pág. 461).

Como una ejemplificación de todo este mundo degenerado por la impericia o por la maldad de los hombres aparecerá *El Criticón*, proceso de amaestramiento para la obtención de esa sabiduría anhelada que conduce al estado perfecto simbolizado en la Isla de la Inmortalidad. Experiencia, desengaño, actitud vigilante es lo que va adquiriendo el ingenuo Andrenio desde su entrada en la vida, pero, como dice Correa Calderón, "a costa de renunciar cada día a la vana ilusión de las cosas perecederas" (pág. XCVI). El mundo, falaz y adulator, ofrece al hombre la atracción de su mentira, pero éste ha de saber sortearla aun a trueque de dejar en ella su manto. Gracián sabe bien un tópico renacentista aprendido en Virgilio: *Latet anguis in herba*, bajo el blando césped, tras la rosa perfumada acechan la sierpe y la espina, y lo heroico, lo discreto, lo hábil, consistirá en buscarles la vuelta. Amarga vida ésta donde el rodeo y la torsión son la clave para triunfar.

En un breve pero agudo estudio de Minguijón se sintetizan las posiciones ante la degeneración del mundo: "Unos, sintiéndose impotentes para transformar la sociedad, se repliegan sobre sí mismos, su sensibilidad se agudiza y se hace más exquisita en el aislamiento y se hacen pesimistas, huídos de la vida, tristes, inadaptados que suspiran por ambientes sociales más suaves y acariciadores, donde los carreteros no blasfemen, ni los chicuelos apedreen, ni la brutalidad no se presente a cada paso insolente y chocarrera. Otros se forman para su uso la filosofía de la adaptación para la dominación. Convencidos de que no hay otro camino se amoldan, no a todo, pero sí a muchas cosas; cultivan la amistad de hombres a quienes en el fondo desprecian, ganan amigos sin poner demasiado cuidado en la selección y abren en la vida una ruta generalmente decorosa, prestando útiles servicios y ganando lícitos provechos. Otros, finalmente, se proveen de un optimismo bondadoso, se derraman en los pequeños favores de la amistad, procuran organizar las fuerzas del bien y ponen constantemente al servicio del ideal las artes del ponderado y sensato vivir". (Curso monográfico en

